lo largo, como un mar creciente y desbordado, en busca del objeto de su cariño, para que vengan después de rechazo todas las olas de este mar, solitarias y apenadas, á batir con furia su enamorado corazón.

Y si por lo inmenso de esta soledad no os pareciere dolorosa, yo os diré que el corazón que la siente es el corazón de una Madre que ha vivido con su Hijo luengos años, padeciendo con él pobreza en Belén, destierro en Egipto, ausencia suya en Jerusalén, trabajos en Nazaret y crucifixión en el Calvario; y entonces veréis cómo aquella vasta soledad que rodea á su ánima, dolorosa ya por lo que hace relación á la ausencia de Dios, se puebla de recuerdos de los días que pasaron, que bullen en su imaginación y se aposentan en su alma, no para hacerla companía, sino para que le sea más sensible y amarga su soledad. Que cuando se pierde una dicha, cristianos, si duele y escuece al alma el perderla, es por el recuerdo de haberla poseido. Y tanto más apenado es el recuerdo y martiriza más al alma, cuanto mayor fué la dicha y con más ansias se poseyó. Pues ahora quiero yo que penséis qué dicha hay mayor para una madre que su hijo, y qué pérdida pudo haber más grande para María que su Jesús. Por eso María llora hilo á hilo en la noche, y las lágrimas abrasan sus mejillas (1).

Y si queréis que su soledad caiga sobre nuestros corazones para despertar en ellos el fuego de la fe, de la esperanza y la caridad, acordaos de que María es nuestra Madre, que en sus brazos nos colocó Jesucristo al expirar, y que, si por ser Madre de Jesús padeció tantos dolores, por ser Madre nuestra vió á su hijo derramar hasta la última gota de sangre. Acordaos, sí, de que, si se ve abandonada de Jesús, no es porque su Hijo tenga voluntad de abandonarla, sino porque así convino para nuestro remedio.

Mas si ahora se ve desamparada de nosotros, es porque por nuestra propia voluntad la hemos dejado por los placeres y las quimeras del mundo seductor. Y esperó que alguno se entristeciese con Ella, y no lo hubo; y que alguno la consolase, y no lo halló. Et sustinui qui simul mecum contristaretur et non fuit, et qui consolaretur et non inveni.

Considerad, pues, joh católicos!, si es inmensa y dolorosa su soledad, y si, poniendo la imaginación en tan extenso mar de amargura, podré tener yo orden ni concierto en lo que os voy á decir. Porque si atiendo á su pena, ¿cómo la dividiré, si de su maternidad trae origen su amor divino, y es premio de su amor divino su maternidad, que es el principio de su amargura? Y si atiendo á la inmensidad de su pena, ¿cómo podré yo tirar líneas en lo que no se abarca ni se mide con los ojos de nuestra finita inteligencia? Y aun cuando todo esto yo lo pudiera analizar, ¿cómo me dejarían razonar, friamente, sobre la soledad de vuestra Madre vuestros corazones de hijos? Puesta, pues, la imaginación en tan inmenso mar de amarguras, sobrecogido el corazón por la negra soledad de nuestra Madre, iré llorando y avanzando sin rumbo fijo, como pájaro marino, hasta llegar á la orilla.

Dame la mano tú, ¡oh Maria!, para que el temor no me aturda, ni la inmensidad de tu dolor me espante, ni las fuerzas me abandonen. Oye nuestras súplicas; porque te saludaremos, como en días mejores de tu vida lo hiciera el ángel San Gabriel, diciéndote:

ÁVE, MARÍA.

⁽¹⁾ Thren., I, 2.

Texto ut supra.

Es una noche obscura, muy obscura, la noche del día en que murió Jesús por la redención de los hombres.

Trastornada está la tierra de Judá, por el dolor con que se ha estremecido, cuando el Salvador ha exhalado en la Cruz el último suspiro y derramado sobre el Gólgota la última gota de sangre. Los cedros y las palmeras del Líbano se encuentran apiñados en desordenados grupos, como gacelas tímidas que reune el terror de la próxima pantera. El trueno se oye lejano retumbar en las cuencas de las montañas; la tempestad se aleja con paso de terror, y se lleva en pos de sí los huracanes y los rayos. La calma reina en medio de las sombras, pero es la calma horrorosa que sigue al crimen; es la calma de espanto que sucede al exterminio de las batallas; es el desmayo de la Naturaleza que ha presenciado la muerte de su Hacedor; es el paroxismo de los elementos que, con su silencio, lloran la muerte de su eterno Regulador.

Desiertos están los caminos de Jerusalén, y por sus calles solitarias sólo transitan, envueltos en blancos sudarios, los muertos que han dejado sus sepulcros. Todo está en silencio; ni el viento se mueve, ni el ave se queja; sólo el Cedrón deja escuchar su fatídica voz en medio de silencio tan majestuoso, y parece que, en su carrera impetuosa, va cantando á Jerusalén la terrible leyenda de todos sus crímenes. Por eso, en el ruido con que sus ondas se precipitan, se oyen ecos de lamentaciones, voces que increpan, ayes de muerte, suspiros de amargura, silbidos de sarcasmo é impías carcajadas.

Un tibio rayo de luna escapado de las nubes y reflejado en las ondas del torrente, deja ver en sus márgenes una mujer envuelta en el manto de las nazarenas. Sumida está en hondos y tristes pensamientos, y estas amargas ideas hacen asomar á sus ojos, negros como el seno de la noche, larga lluvia de lágrimas.

¿Quién es esta mujer, que viene á llorar sola á las márgenes de un torrente, cuando los hombres medrosos se ocultan en lo más obscuro de sus viviendas y las fieras devoran el hambre que las consume, con un sordo rugido, en lo más hondo de sus guaridas? ¿Quién es esta mujer que busca solamente la compañía de las aguas, cuando los valientes de Israel se rodean de sus familias numerosas, porque solos tienen miedo á la justicia divina? ¿Qué pesares la acongojan, que tantas lágrimas vierten sus ojos? ¿Qué clase de pesares nuevos le atormentan, que no la dejan reparar en el pasmo horroroso con que la naturaleza da cuenta de su asombro por la muerte de su Criador?

¡Ah!, cristianos, es María; es la Madre de ese mismo Criador, y hay más trastorno y más tormento dentro de sus entrañas por la muerte de su Hijo, que el que la naturaleza toda pueda manifestar con sus tormentas y terremotos. Es su Madre, y en un suspiro de su alma hay más amarguras que gotas de hiel caber pudieran en la inmensidad de los mares. Es su Madre, y no hay nada que supere á su dolor, como no hay nada que pueda aventajar al cariño de una madre.

Su Jesús era blanco como la nieve del Líbano y negra su cabellera como las alas del cuervo; sus ojos eran hermosos y puros, como palomas sobre los arroyuelos de las aguas; sus labios lirios, que destilan mirra, y su aspecto sereno y risueño, como las blancas tiendas de Abrahán acampadas en los confines de Betel. ¿Qué se ha hecho de tu Hijo, ¡oh!, la más triste de las madres? ¡Ah!, su Hijo ennegrecido tiene el rostro por las manos duras de los verdugos; mesada bárbaramente su cabellera y sus ojos sin luz, como astros eclipsados. Pero, ¿en dónde está tu

Hijo, tristísima Señora? Su Hijo, muerto y envuelto en las sombras del sepulcro.

Ya su lengua, aquella lengua que tan hermosas parábolas refería, aquella lengua inefable que tantos prodigios obraba, aquella lengua dulcisima, que tantas veces pronunciaba á los oídos de María el santo nombre de Madre, no se dejará escuchar para consolar y dar aliento al corazón desfallecido de la más angustiada de las mujeres. Ya sus ojos, aquellos divinos ojos en los que bebía amor casto y maternal su alma inmaculada, aquellos ojos divinos, bálsamo delicioso de sus penas crueles, no se abrirán para mirar con celestial ternura á su afligida Madre. Si sobre el cuerpo de Jesús cayó la pesada losa del sepulcro, ¡cómo no ha de pesar sobre su Madre un mar de tribulaciones!

Pulsus doloris est amor, cantaba un poeta de aquellos tiempos en que el amor nacía de la carne y no del espíritu, y se alimentaba con deleites sensuales y no con virtudes y sacrificios. Por eso en el gentilismo la madre es una sombra que pocas veces llega á ser figura en los cuadros de la historia. La mujer era la hembra del hombre, pero no su esposa; la madre criaba al hijo que la nacía de las entrañas, pero nó lo educaba; lo defendía como la gallina á los polluelos y la leona á sus cachorros, pero no le enseñaba la virtud, ni le comunicaba con la sangre el amor al sacrificio por el bien ajeno. Y sin embargo, cantaba el poeta gentil: pulsus doloris est amor. El pulso del dolor es el amor. Tanto más se siente, cuanto más se ama; tanto más honda será la herida, cuanto más fuerte salió la flecha del arco del amor.

Y si esto es cosa natural, puesto que acontecía en el gentilismo, ¿qué no sucederá con el amor cristiano, que tiene más hondos cimientos, puesto que no sólo se comunican los corazones, sino también las almas? ¿Qué no sucederá en la fuente del cristianismo, donde es más puro el amor, y como se está en el manantial, aún no

lleva mezcla de las aguas de otros ríos, ni han entrado allí otras aficiones de la tierra, ni otros anhelos de la vida?

¿Qué no sucederá en Maria, fuente de las aguas vivas del amor, pozo cerrado á las ambiciones de la soberbia y cisterna inmaculada sobre la que jamás llovieron las nubes sus impurezas? ¿Qué no sucederá en aquel corazón de madre, espejo en donde el Verbo divino se miró desde los cielos y lo halló limpio, nido en donde vino á morar y á vestirse de nuestra carne y nube blanca y sonrosada que en los confines de Belén llovió al deseado Redentor de los hombres?

¿Qué no sucederá en aquel su corazón, diamante labrado á golpes del pesar, huerto regado con lágrimas, de donde nacieron, para recreo de los ángeles, los lirios morados del sacrificio, y las rosas encendidas del divino amor?

María, traspasada de la pena, sube al collado y baja á la llanura, y trastornada por los feroces tajos del dolor, cree que busca á Jesús niño, perdido en Jerusalén, y habla con el río, y pregunta á la selva é interroga á la cumbre del Olivete si en ella puso la planta Jesús, para subirse con los ángeles al cielo. Pero al instante recuerda las escenas sangrientas del Calvario y el aparato de muerte y el patíbulo de donde pendió Jesús, y un doloroso grito se arranca de sus entrañas, cuando cae en la cuenta de su engaño, y comienza á sollozar, diciendo: ¡Ay, Jesús mío!, qué diferente es la ausencia de entonces á la de ahora. Entonces te buscaba con esperanza de encontrarte, y ahora aquella esperanza, risueña y henchida de anhelos maternales, se acabó. El dolor, para ser más cruel conmigo, me trae los dulces recuerdos de aquellos días, y llena mi memoria de aquellas tempestades breves tras de las cuales bien pronto surgía la bonanza y el embeleso de tu figura, y el regalo de tu mirada y la gloria de tus abrazos. Y yo, jay de mi!, que no

puedo acostumbrarme á tenerte por muerto y sepultado, me figuro presente el tiempo que pasó y reales y vivas las ilusiones de lo pasado, y otra vez siento los sobresaltos y miedos del corazón con las borrascas de entonces, porque sueño que brevemente se han de deshacer, para encontrarme contigo y aplicar á las heridas de la pena el benéfico bálsamo de tus besos.

¡Ay, Jesús de mi corazón!, ¡qué amarguras más alegres las de entonces! ¡Qué horribles y ceñudas las de esta soledad en que me deja tu muerte! ¡Cómo siento sobre mi corazón la piedra de tu sepulcro! ¡Déjame que piense que te llevo en brazos por el camino del desierto, y que el dolor que me oprime es el peso de tu cuerpo recién nacido, y que las ansias de estas angustias que me devoran, son los brincos del corazón, que siente cercanos á los verdugos de Herodes, y que allí está, llamándome con el susurro de sus largas y desmayadas hojas, la hermosa palmera que me dió asilo piadoso contra las iras de tus perseguidores. Déjame que sueñe con aquellos dolores terribles, que tenían por fin el abrazarte salvo y libre y vivo y amoroso con tu Madre. Déjame que sueñe, porque es muy horroroso el despertar.

Estos hondos sentimientos de dolor se levantaban en el corazón de María, que era corazón de Madre. Mas como todas estas penas no llegaban á quebrantar su paciencia, ni amotinar su inteligencia en contra de los designios del cielo, sino que eran granos de mirra quemados en el fuego de su alma y ofrecidos á Dios, como la purísima nube de incienso, que se levanta en el altar del sacrificio, Dios se complacía en aceptarlos, y aun cuando al parecer, desamparada á los pies del Gólgota, la Virgen se sumergía en las sombras de la noche, los ángeles formaban para María, de aquellas nieblas trasunto de las amarguras y dolores de la tierra, manto regio, lleno como el cielo de estrellas, de los fúlgidos besos de sus labios y real corona para sus sienes, salpicada, como las flores

del rocío, de las lágrimas de sus ojos, y la saludaban después, temblando de respeto y admiración, como á la augusta Reina del Martirio.

Pero María era, además, la Madre de Dios sola por la muerte del Hacedor de todas las cosas; y nadie en la tierra podía sentir esta soledad, sino Ella. Ya estaba verificada la redención de nuestras almas; pero aún no eran los hombres corderos del rebaño de Jesús, puesto que para entrar en su redil, era necesario, de absoluta necesidad, que cayera sobre su frente el agua pura del bautismo. Aún no estaban los Apóstoles confirmados en gracia con la venida del Espíritu Santo. Nadie, pues, en el mundo podía sentir esta soledad por la muerte del Hombre Dios, sino María exenta de la mancha de la primera culpa é Hija primogénita del Redentor. Sólo María inocente podia llorar este apartamiento de Dios por su muerte. María, pues, lloraba sola la muerte del Hacedor y no había, ni podía haber, quien le acompañase llorando en su soledad. Sustinui qui simul contristaretur et non fuit.

Ni aun cuando todo el mundo hiciera compañía á sus lágrimas, podria el mundo entero, llorando con Ella, arrancarla de su acerba soledad. María, pues, ve á todas las criaturas alejarse de su lado, como los vivos abando nan al que muere. ¡Ay!, en esta ocasión son los muertos á la gracia los que se alejan de María por estar viva; que así como la mar no consiente cuerpo muerto dentro de su seno, y en sintiéndolo, luego lo arroja á la playa, así ahora el mundo muerto á la verdad, no se aviene bien con María exenta de la muerte del pecado, y se retira de Ella, dejándola en abandono. María, pues, llora su soledad, mientras el mundo entero tiene enjutas las lágrimas, porque María es el blanco vellocino de Gedeón, cubierto del rocio del llanto de sus ojos, mientras la tierra toda permanece seca á su alrededor.

Y si queréis entender le acerbo de esta soledad en cuanto nos es dado aquí abajo á nuestras finitas inteli-